

ordenada á las cosas terrenas? ¡Oh caridad preciosísima! ¡Oh unión de amor excelentísima! ¡Oh Dios amabilísimo, que os llamaís caridad y sois perla de infinito valor, uno en esencia, aunque trino en personas, y tan amigo de unidad, que á todos los que se juntan y unen á Vos los hacéis un espíritu con Vos! Descubridme esta perla una y preciosa, y aficionadme á ella y dádme la en posesión. Yo os ofrezco por ella cuanto tengo, y si más tuviera, más os diera, porque todo es nada para lo que ella vale.

Epílogo y coloquios. ¡Oh locura é ignorancia del hombre! Toda la vida pasa negociando á manera de un mercader, y llegará la muerte cuando mayor necesidad tendrá de sus trabajos, y se hallará con las manos vacías. Semejante al avariento, diránle en aquel momento terrible: «Necio, las cosas que allegaste, ¿de quién serán?» La causa de tal desengaño es porque no busca verdaderas perlas, sino perlas falsas ó aparentes. Busca con inquietud las riquezas ó placeres, la ciencia mundana ó la honra, las virtudes políticas ó puramente exteriores, cuyas cosas ni le hacen bueno, ni verdaderamente rico, ni pueden servirle de ayuda en la muerte. ¡Oh si buscara las verdaderas perlas, la virtud y santidad, la mortificación propia, y, sobre todo, la amistad y posesión de Jesucristo! Estas son las verdaderas, ricas y preciosas perlas, que tú debes buscar con oración continua y fervorosa, con meditación detenida y profunda, y con afectos tiernos y deseos ardientes. Y luego de halladas y descubiertas por medio de la luz de la fe, has de conservarlas con tal cuidado y estimarlas en tanto grado, que, como el mercader del Evangelio, has de estar dispuesto á dejarlo todo, abandonarlo todo, antes que perderlas de nuevo. ¿Qué valen todas las cosas de la tierra en comparación de ellas? Entremos dentro de nosotros mismos, y estudiándonos detenidamente, miremos qué perlas hemos buscado; en qué hemos puesto hasta ahora nuestro corazón, y cuáles son nuestras aspiraciones. Y si ya buscamos buenas perlas, tratemos de buscarlas con asiduidad, fervor y anhelo grande; y al efecto, propongamos, roguemos, importunemos al Señor hasta que nos oiga.

119.—PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA.

PRELUDIO 1.º Un pastor que tiene cien ovejas y pierde una, deja las noventa y nueve, y va en busca de la que se perdió, y luego de hallada, cárgala sobre sus hombros con alegría, y la vuelve al rebaño.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser buena oveja de Cristo.

Punto 1.º *Quién es el Pastor, quién la oveja, y por qué se pierde.*—Considera cómo este piadoso Pastor, que busca la oveja

¹ Luc., xii, 20. — ² Luc., xv, 4.

ja perdida, representa á Jesucristo, que bajó del cielo para ser pastor de los hombres; el cual, con admirable providencia y vigilancia, rige sus ovejas, y las conoce muy bien; las señala con la señal de su gracia y caridad; va delante de ellas con el ejemplo; dales buenos pastos de doctrina y Sacramentos; defiéndelas del lobo infernal; y, en fin, es tan bueno y tal el amor que las tiene, que Él mismo se hace pasto, y las apacienta con su cuerpo y sangre. Las ovejas fieles son los justos, que Él tiene muy bien contados, y sabe quiénes son. Estas ovejas conocen á su Pastor por la fe y la contemplación; oyen su voz obedeciendo á sus mandatos; siguen sus pasos imitando sus virtudes; reciben agradecidos sus pastos saludables; y con gran generosidad dan á su Pastor la lana de su hacienda, la leche de sus ternos afectos del corazón, y las crías de sus buenas obras, y, si es menester, le darán su misma carne y vida, perdiéndola por su amor. Mas ¡ay!; cuando alguna de estas ovejas comienza á desconocer á su pastor y los bienes que en Él tiene, y se desvia del pasto de doctrina y Sacramentos, gustando mucho de los pastos del mundo y de la carne, poco á poco se va apartando de las ovejas dóciles, y se va alejando de las miradas del Pastor, hasta que, por fin, llega á abandonarle del todo, poniéndose en gran peligro de eterna condenación. Mas es tal la caridad del Pastor, que, dejando las noventa y nueve en lugar seguro, corre en busca de ésta que se ha perdido. Por esta causa bajó del cielo á la tierra á llamar y buscar los pecadores, y en este ejercicio pasó los tres últimos años de su vida, padeciendo excesivos trabajos y persecuciones, hasta sufrir la muerte con terribles tormentos. ¡Oh Pastor soberano! ¡Cuán caras os cuestan estas ovejas, con no tener necesidad alguna de ellas! Cuando ellas se perdieran, ¿qué es lo que Vos perdíais? ¿Acaso habéis de vestirlos con su lana? ¿ó sustentarlos con su leche? ¿ó enriqueceros con sus crías? Y si ovejas queréis, ¿no tenéis otras mejores en el cielo, las cuales acuden fielmente á vuestro servicio? ¡Bendita sea vuestra caridad, Dios mío, que es la causa de todo esto! ¡Oh alma mía! Sé dócil oveja de Cristo, oye su amorosa voz, participa de sus deliciosos pastos. ¿Qué te conviene resolver para esto?

Punto 2.º *Caridad del Pastor al hallar la oveja perdida.*—Considera cómo, aunque el buen Pastor busca la oveja perdida, no siempre la halla; por lo cual dice por san Mateo: «Si aconteciere que la hallare». Y si no la encuentra, no es por falta de diligencia de su parte, sino porque ellas huyen de Él, y resisten á sus inspiraciones y llamamientos, como se perdió Judas, aunque su Maestro hizo mucho por reducirle. ¡Oh locura criminal de tales ovejas, que no se dejan hallar de tal Pastor! Pondera luego su inmensa caridad al hallar la oveja extraviada y per-

¹ Joan., x, 11. — ² Matth., xviii, 13.

dida. No le da con el cayado, ni la lleva arrastrando, ó á punta-piés, sino con grande gozo se carga de ella sobre sus hombros, hasta volverla á su rebaño; porque trata á los pecadores que se convierten con grande amor y afabilidad; no les lleva arrastrando, mal que les pese, á fuerza de castigos y palos, como á esclavos, sino de su voluntad mudada y trocada por la gracia; no les deja ir de su pie, porque ellos, á sus solas, no pueden dar un paso en el camino del cielo: Él les sirve de ojos, dándoles la luz de la fe y sabiduría celestial; sárveles de pies, enderezando sus pasos y afectos para que no tuerzan ni se aparten de la ley divina; sárveles de manos, ayudándolos en todas sus obras buenas; cárgase de ellos sobre sus hombros, porque les ayuda á llevar con suavidad las cargas de esta vida, y por ellos paga la deuda de sus pecados, aplicando para esto sus propias satisfacciones y merecimientos. Finalmente: á tal punto llega su admirable caridad, que no sólo se goza Él al recobrar la oveja perdida, sino que convida á todos los ángeles del cielo y justos de la tierra á que se gocen con Él, y le den el parabién de haberla hallado. ¿Hemos sido nosotros algún tiempo ovejas perdidas? ¿Hemos dado á este buen Pastor el contento de que nos hallase? ¡Oh Padre amantísimo! Este parabién á la oveja se había de dar, porque á ella la importa el ser hallada; pero queréis que lo demos á Vos, porque la oveja es vuestra, y os ha costado trabajo el buscarla y hallarla. Yo os doy, Señor, el parabién de los pecadores que con vuestra gracia han salido del pecado, y me gozo del gozo que por ello tenéis.

Punto 3.º *Gozo que hay en el cielo por un pecador que hace penitencia.*—Considera cómo Jesús termina la parábola, diciendo que, así como se alegra el pastor cuando halla la oveja perdida, y quiere que se alegren sus amigos, así en el cielo hay grande gozo cuando un pecador hace penitencia. Porque si un padre tiene muchos hijos sanos y prósperos, y uno de ellos cae enfermo de muerte ó en una gran adversidad, cuando sale de aquel peligro, recibe un gozo nuevo actual grande, diverso del que tiene con la salud y prosperidad de los otros, también cuando un pecador se convierte, los ángeles reciben nuevo gozo accidental por su conversión, diferente del que tienen por los demás justos, que no tienen necesidad de penitencia para convertirse á Dios, porque están ya convertidos. De lo cual puedes sacar que es voluntad de Cristo nuestro Señor que nos holguemos de la conversión de los pecadores, y no sólo no murmuremos, como los escribas y fariseos, del que procura convertirlos y agasajarlos para este fin, sino que nosotros hagamos lo mismo, ayudando á su conversión, y siendo cooperadores de Cristo en buscar las ovejas perdidas y volverlas á su rebaño, teniendo esto por suma dicha. Además, si tú tuvieses la desgracia de ser oveja perdida, has de procurar volver cuanto antes al rebaño de Cristo,

siquiera por darle esta materia de gozo y por alegrar á los ángeles del cielo. Y si Dios te ha hecho merced de ponerte en gracia suya, procura no perderla; porque como la conversión de un pecador alegra á los ángeles y entristece á los demonios, así la caída del justo alegra á los demonios, y, cuanto es de su parte, entristece á los ángeles de paz¹, que llorarían nuestra perdición amargamente, si fueran capaces de lágrimas y amarguras. ¡Oh espíritus celestiales! Suplicad al supremo Pastor, Príncipe de los pastores, me dé su santo amor y en él me conserve. Y si por mi desventura le perdiere, me ayude luego á recobrarle para que mi conversión sea materia de gozo en el cielo, y yo goce de Dios en vuestra compañía. ¡Oh alma mía! Reflexiona bien cuál será el aprecio que de ti hace Jesús, cuando, después de haberte perdido á su gracia, se alegra grandemente al recobrarte. Según esto, ¿no harás cuanto puedas por proporcionar estas alegrías á Jesús, oyendo sus amorosos silbos, agradeciendo su paternal solicitud, y trabajando por la conversión de los pecadores?

Epílogo y coloquios. ¡Qué Pastor tan tierno y amoroso es nuestro Señor Jesucristo! Para serlo bajó del cielo, y llegado el tiempo señalado en su providencia, comenzó á reunir sus ovejas, teniendo de ellas el más paternal cuidado. Porque Él las guía, señala, conoce, alimenta y defiende. En cambio ellas, si son buenas y aman á tan buen Pastor, conocen su amorosa voz, tienen en Él la más ilimitada confianza, se alimentan de los pastos que les ofrece, y generosas le dan su lana, desprendiéndose de su hacienda; su leche, privándose de sus consuelos, y sus crías, ofreciéndole las buenas obras. ¿Eres tú oveja fiel de este Pastor? Mas su caridad se descubre especialmente con las rebeldes. Si alguna se separa del rebaño, Él deja á todas las otras, y corre en busca de esta única, y si la halla, al momento la carga sobre sus hombros, y la vuelve con gozo al redil; y es tal su alegría por haberla recobrado, que quiere que todos le den el parabién y se alegren con Él por la suerte que ha tenido de hallar la oveja que se había perdido. ¡Oh caridad infinita del Señor, que así se deshace y envilece para favorecer á los pobres pecadores! ¿Qué pecador, por ingrato que haya sido, y por enormes que hubiesen sido sus pecados, ha de vacilar en acercarse á Jesús? No tema su castigo, ni aun sus reprensiones. Que se humille profundamente, y Jesús se compadecerá de él en tan alto grado, que será para él pastor, padre, amigo y hasta casi criado. ¿Eres tú oveja dócil ó extraviada? ¿Has menospreciado los silbos de este divino Pastor? ¡Cuántas veces Él te buscaba y tú huías! ¡Cuántas te llamó, y tú hiciste el sordo! Merecías que te hubiera abandonado, dejándote caer en las garras del lobo infernal; sin

¹ Isai., xxxiii, 7.

embargo, todavía te espera, te llama, y quiere acogerte á su amistad. Dale este gusto; propón huir del pecado, volver á Jesús, hacer penitencia y mudar de vida. Para esto, medita y ora con vivo fervor.

120. — PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO. SUS EXTRAVÍOS.

PRELUDIO 1.º Un padre tenía dos hijos, y el menor de ellos le pidió su legítima y se fué á una región lejana, en donde vivió lujuriosamente.

PRELUDIO 2.º Representate á este hijo desnaturalizado exigiendo á su padre la hacienda.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de no separarte jamás de la amistad y compañía de tu Padre celestial.

Punto 1.º *Dos clases de hijos que tiene Dios, y generosidad que con ellos muestra.*—Un padre tenía dos hijos ¹, de los cuales el menor le exigió la parte de herencia que le tocaba, para marcharse de su compañía. Considera acerca de esto, cómo Dios nuestro Señor, figurado por este padre, tiene dos suertes de hijos: unos buenos, representados por el mayor de los dos hermanos, porque la virtud es más antigua y preciosa que el vicio, y en ella consiste la verdadera sabiduría, en que está la venerable ancianidad; otros malos, figurados por el hijo menor y mancebo, porque con el vicio anda la imprudencia y liviandad; la cual mostró en pedir á su padre la hacienda que le pertenecía, para gobernarla por sí mismo; dando los tales á entender con secreta soberbia que Dios les debe algo, y presumiendo vanamente que á sus solas sabrían gobernarlo; al contrario de los buenos hijos, que con humildad creen que lo que tienen es de gracia, y no se fían de su propia prudencia. Pondera luego la infinita sabiduría y generosidad de Dios en la repartición de sus bienes, así de naturaleza como de gracia. Descúbrese la sabiduría al decir que dividió la hacienda, porque no la dió toda á uno, sino que la repartió entre los dos, para que veas que en este mundo ningún hombre puede envanecerse creyendo que no necesita de otros; porque los bienes naturales y sobrenaturales están distribuidos entre los hombres, y el que posee la hacienda, carece no pocas veces de salud; y el que tiene salud, está falto de talento, y así de lo demás; y en el orden sobrenatural, como dice san Pablo ², Dios á unos hizo Apóstoles, á otros profetas, á otros doctores. La generosidad del Señor brilla en que reparte estos bienes á todos sus hijos buenos y malos, dándoles libertad para usar bien ó mal de ellos, y para estar en su casa ó salirse de ella, sin querer hacer fuerza á ninguno, aunque Él siempre les inspira y ayuda á la buena elección y al buen uso de lo que les ha dado. ¡Oh Padre amorosísimo! Ya que con tanta benignidad y genero-

¹ Luc., xv, 11. — ² Ephes., iv, 11.

sidad me habéis hecho participante de vuestra hacienda, no permitáis que sea tan necio é insensato que abuse de ella, con ofensa vuestra y perjuicio mío; haced más bien que, reconociéndome deudor á vuestros favores, os sirva siempre con ellos hasta la muerte. ¿Qué bienes hemos recibido nosotros de Dios? ¿Cómo los empleamos?

Punto 2.º *Suerte de los buenos hijos y desgracia de los malos.*—Considera cómo la suerte de los buenos hijos y la desgracia de los malos, no está en poseer más ó menos hacienda, en estar más ó menos regalados, ni aun en ocupar puestos más ó menos distinguidos en la casa de este mundo. La buena dicha de los hijos está en quedarse en la casa de su Padre celestial, debajo de su protección y gobierno, para que Él los dirija y enderece en el uso de los talentos y dones recibidos, obedeciéndole en todo; porque quien se deja gobernar de Dios, alcanzará, como Él lo promete por Isaías ¹, un mar de justicia y un río de grande paz. Y, al contrario, la desdicha de los malos hijos comienza por querer salirse de la casa de su padre y de su gobierno, guiándose ellos por su propio juicio y propia voluntad, viviendo á sus anchuras. De donde procede que luego se van, como el pródigo, á una región muy distante, alejándose mucho de Dios por la culpa y por la desemejanza de la vida, y por el olvido de su divina presencia, gastando y empleando cuanto tienen en vivir desenfrenadamente, amancebados con las criaturas, amándolas más que al Criador. Por donde se ve que la secreta soberbia para en manifiesta lujuria; y el fiarse mucho de sí, en alejarse mucho de Dios; y el olvidarse mucho de Dios, en pegarse con demasía á las criaturas, hasta perder los bienes sobrenaturales de la gracia y caridad, y destrozarse y afearse los dones naturales, con pérdida muchas veces de hacienda, honra y contento. Lo mismo que á este mancebo, pasa á todos los pecadores, y tal vez te haya pasado á ti mismo, porque, habiendo recibido de la mano benéfica del Padre celestial grandes dones, te saliste de su casa y gobierno por seguir tu propia voluntad y juicio. Te alejaste de su presencia por innumerables pecados, y despreciaste los bienes que te dió, usando de ellos sólo para tu deleite. ¿Y no te ruborizas de haber sido tan insensato? ¿No siente tu corazón la ingratitud que ha tenido con su Padre? ¡Oh Señor! ¡Cómo me habéis sufrido con tanta paciencia! ¡Oh! ¡quién nunca se hubiera salido de vuestra casa! ¡Oh miserable de mí, que, como mozo libre y mal experimentado, me dejé engañar de mi sensualidad! ¡Dios mío! Tened piedad de mí, y no me neguéis vuestra misericordia, pues pequé por ignorancia.

Punto 3.º *Misérias en que cae el pecador alejándose de Dios.*—Considera las misérias espirituales y corporales en que

¹ Isai., xlviii, 18.

caen los pecadores rebeldes que se apartan de Dios, las cuales descubre el Evangelista diciendo: «Luego que el hijo pródigo consumió toda su hacienda, sucedió una grande hambre en aquella región; y viéndose en necesidad, se llegó á un ciudadano, el cual le envió á su granja para que apacentase puercos, y deseaba hartar su vientre de lo que comían los puercos, y ni aun eso le daban». La primera miseria es grande hambre y falta de la comida espiritual¹, la cual prevalece en la región de los malos, porque ni reciben Sacramentos, ni oyen la palabra de Dios, ni leen buenos libros, ni ven buenos ejemplos, ni gustan los consuelos interiores del alma. La segunda es sujetarse al ciudadano mayor de esta región, que es el demonio, y servirle miserablemente, amando con amor estrecho lo que habían de aborrecer, y obedeciéndole en cosas infames y en vicios indignos de la generosidad del hombre. La tercera es apacentar puercos, que es ocuparse en sólo el gobierno de sus sentidos y apetitos carnales, buscándoles en qué se ceben, y en apacentar á los demonios, cuya comida son las lujurias y carnalidades del hombre, con que ellos se deleitan. La cuarta es ser tanta el hambre de sus deleites, que nunca se ven hartos, ni alcanzan lo que desean, porque el manjar que comen no es de hombres, sino de bestias inmundas, y así no basta para hartarlos. ¡Oh miseria del hombre, que de hijo de Dios viene á ser émulo de los puercos! Mas no paran aquí estas miserias, sino que suele el Señor afligir á los pecadores con miserias temporales, sembrando sus caminos de abrojos y espinas², para que siquiera por la pena sean cuerdos, y se vuelvan á Dios; y así los castiga con pobreza y hambre, con deshonor y servidumbre, y con otros males temporales, para que la vejación y las penalidades abran los ojos de su entendimiento, que se hallaba anublado y obscurecido por las pasiones. ¡Oh Dios de mi alma! No apartéis de mí vuestro celo misericordioso; si me apartase de Vos, llenadme luego de tormentos, hasta que me vuelva á Vos, haciendo penitencia de mis pecados. ¡Oh alma! Pondera bien las miserias en que caen los que se apartan de Dios. ¿Te apartarás tú de Él? Y si te hubieses apartado, ¿no volverás á su servicio?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirable es la sabiduría, generosidad y providencia del Señor en la distribución de sus bienes! Como el mar engendra las nubes que van á llevar la fertilidad á todos los campos, el agua á todos los ríos y el verdor á los montes, así de Dios proceden todos los bienes naturales y sobrenaturales distribuidos y repartidos entre todos los seres, y más especialmente entre los hombres. No te envanezcas de los bienes que posees, ni te sobrepongas á tu hermano; porque lo que tienes es un regalo de Dios, y tu hermano ha recibido tal vez

¹ Amos, VIII, 11. — ² Osee, II, 6.

algún bien que tú no posees, y en él te supera á ti. Mucho menos has de ensoberbecerte por ellos, si piensas que tu dicha no está en poseer tales bienes, sino en vivir en la casa de tu Padre celestial, disfrutar de su amistad, seguir sus consejos, someterte á sus leyes y no apartarte de Él. Y, sin embargo, esto es lo que no has hecho, de esto te has olvidado. ¡Infeliz! Miraste con vana complacencia los dones recibidos, y para gozar de ellos sin trabas, te alejaste de la compañía de tu Padre, yéndote á una región lejana, olvidándote de Dios. Mas ¡ah, qué miserias tan espantosas vinieron sobre ti! Hambre cruel que no pudiste saciar, esclavitud ominosa de la que no te pudiste librar, entretenimientos y gustos groseros, propios más de los irracionales que de los hombres, los cuales, lejos de apagar tu sed de placeres, la encendían y hacían más intolerable. ¡Oh estado lamentable del hombre, hijo de Dios, criado para la gloria, destinado á ser compañero de los ángeles! ¿Te hallas acaso en él? ¿Te hallaste en otro tiempo? ¿Qué debes practicar para no delinquir otra vez? Reflexiónalo maduramente; forma eficaces y firmes propósitos de evitar los pecados y huir de los peligros; despierta ya de tu letargo espiritual, y con fervor y confianza pide á Jesús por ti y por todos los pecadores.

121.—ARREPENTIMIENTO DEL HIJO PRÓDIGO.

PRELUDIO 1.º Arrepentido el hijo pródigo, determinó volver á su padre, el cual le recibió con grandes muestras de alegría, llegando á despertar la emulación del otro hijo bueno y sumiso.

PRELUDIO 2.º Representate al pródigo confuso y lloroso delante de su padre, y á este abrazándole.

PRELUDIO 3.º Pide grande confianza en la bondad y misericordia de Dios.

Punto 1.º Arrepentimiento del pródigo y propósito de volver á su padre.—Reflexionando el pródigo su afflictiva situación, deplorando su soledad y desamparo, y atizado por el hambre, volvió en acuerdo, y dijo: «¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre comen con abundancia, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré é iré á mi padre». Acerca de esta reflexión y propósito del pródigo, has de ponderar primeramente cómo el principio de la conversión del pecador está en entrar dentro de sí mismo, y considerar sus miserias, de las cuales estaba olvidado, por andar fuera de sí, derramado por las criaturas. Para esto le previene Dios con su inspiración é ilustración interior, la cual nunca falta; antes en medio de sus maldades le suele decir aquello del profeta¹: «Volved, ¡oh pecadores!, á entrar en vuestro corazón, y á cobrar el seso que habéis perdido». Mira, ade-

¹ Luc., XV, 17. — ² Isai., XLVI, 8.